



**FORMACIÓN DE LAICOS-AS Y JESUITAS
PROVINCIA CENTROAMERICANA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
Comisión de Espiritualidad.**

Eje 4: Vida Comunitaria y Trabajo en Equipo

Tema: 4.3. Sentido de Misión y Colaboración en la Compañía de Jesús. Decreto 13 de la CG 34 y Decreto 6 de la CG 35.

Preparado por el P. Valentín Menendez, sj

SENTIDO DE MISIÓN Y COLABORACIÓN EN LA COMPAÑÍA

1. SENTIDO DE LA MISIÓN.

La misión hay que abordarla en su raíz: los cristianos desde el bautismo estamos enraizados en Cristo. Por tanto tenemos que preguntarnos en primer lugar por la misión de Cristo, que es la que nosotros queremos continuar.

a.- Testimonio de la Escritura

1.1.- La **Misión de Cristo**: Cristo no se concibe fuera de su misión. Lucas describe así la misión de Cristo: “es necesario anunciar el Reinado de Dios en otras poblaciones, pues para esto he sido enviado” (Lc 4, 43). Dios Padre ha enviado a Cristo para que realice su misión salvadora a través de su persona y de su vida: su predicación, sus signos milagrosos, y particularmente de su muerte y resurrección.

1.2.- La **Misión de los apóstoles**: Esta misión salvadora y liberadora, que constituye la esencia de la vida de Cristo, es la que Él trasmite a sus apóstoles en su resurrección: “Así como el Padre me ha enviado a mi, así les envío yo a Ustedes. Reciban el Espíritu Santo...” (Jn 20, 21-22).

Cuando Jesús se despidió de ellos, el centro de sus palabras lo constituye la misión: “vayan por todo el mundo y anuncien el evangelio a toda criatura” (Mc16,15; Mt 28,18-20).

1.3.- La **Misión del Espíritu**: la Biblia presenta el envío del Espíritu Santo como el dinamismo que ayuda a los apóstoles a realizar la misión de Cristo. Como despedida de Jesús y preparación para la venida del Espíritu, Lucas nos dice: “recibirán la fuerza del Espíritu...y serán mis testigos en Jerusalén, Judea y Samaría y hasta los confines de mundo” (Hech 1,8).

1.4.- Esta es la **experiencia de los apóstoles**, en quienes la misión constituye la esencia de su trabajo y de su autoridad. La misma palabra apóstol lo expresa: enviado, mensajero. No es posible creer en Cristo sin convertirse en testigo suyo. Quien no testimonia su fe quiere decir que

no la tiene: “¡Ay de mí! si no evangelizare” (1Cor 9,16). “Si confiesas con la boca que Jesús es Señor, y si crees de corazón que Dios lo resucitó entre los muertos, te salvarás” (Rm 10, 9).

Lo mínimo que un cristiano debe hacer en el cumplimiento de esta misión es Transmitir esta fe a sus hijos. Esta exigencia es condición para poder bautizarlos y a ello se comprometen públicamente los padres cristianos.

El testigo máximo de la misión es el mártir, que es capaz de dar su vida por su fe. La Iglesia contemporánea ha contado también con mártires, y a lo largo de toda su historia ha habido muchos cristianos que por vocación de Dios deciden entregar toda la vida al servicio del Evangelio (sacerdotes, personas consagradas). Entre estos dos extremos hay una gama inmensa de vocaciones particulares a la misión.

b.- Testimonio de la Iglesia: el Concilio Vaticano II.

El mensaje de la Iglesia sobre su misión en el mundo, es el mismo que nos trasmite la Escritura. No podría ser de otra manera: la enseñanza de la Iglesia tiene que fundarse en la Palabra de Dios pues ella pretende ser la continuadora de la obra de Jesús. Lo que ella hace es actualizar el mensaje de la Escritura a cada generación, hablándole en su lenguaje y respondiendo a sus nuevos problemas y expectativas. Eso fue lo que hizo el Concilio Vaticano II (Lumen Gentium 5).

Cristo envió a los apóstoles, y de ellos y sus sucesores la misión ha llegado hasta nosotros. Somos bautizados para ser hijos de Dios, actuar como tales, y testimoniar esa nueva vida para salvación del mundo: “los fieles incorporados a la Iglesia por el bautismo, tienen el deber de confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios, por medio de la Iglesia” (LG 11). En el sacramento de la confirmación se nos trasmite la fuerza del Espíritu para dar testimonio de nuestra fe en el mundo y fortalecer nuestra misión de cristianos (LG 11).

En este segundo capítulo de la “Lumen Gentium” el Vaticano II describe hermosamente lo que significa ser cristiano. Esta descripción vale para todos, desde el Papa hasta el más humilde de los cristianos: todos tenemos “por cabeza a Cristo; nuestra condición es la dignidad y libertad de los hijos de Dios en los que habita como en un templo el Espíritu Santo; nuestra ley es el mandamiento del amor; nuestra finalidad es la dilatación del reinado de Dios en la tierra, que será consumado al fin de los tiempos cuando Cristo vuelva” (LG 9b).

En la de **Evangelii Nuntiandi** de Pablo VI, se llega a decir que la Iglesia existe para su misión: “la Iglesia existe para evangelizar” (EN 14), es decir, transmitir a Jesucristo para la salvación y renovación del mundo. Este mensaje de la Escritura y de la Iglesia universal, es el que nos trasmite también la **Iglesia Latinoamericana en Aparecida**: somos “discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”.

d.- ¿Cómo se hace vida propia el mensaje de la Biblia y de la Iglesia?

Pero la misión no es un mensaje frío y teórico que vemos en la Biblia, y que podemos escuchar rutinariamente en la Iglesia o leerlo apáticamente en sus documentos. Lo importante es que esa misión toque nuestro corazón, se apodere de nosotros, se convierta en una experiencia personal que el Espíritu graba en nuestro corazón. Por eso decimos que participar de la misión de Cristo es una vocación, una llamada de Dios, una gracia y al mismo tiempo una exigencia interior que se impone libremente en nosotros y llena de sentido nuestras vidas. ¿Qué hacer para tener esta experiencia de gracia?

La espiritualidad ignaciana tiene un instrumento que permite convertir en vida la Palabra de Dios por la fuerza del Espíritu: **los Ejercicios Espirituales**.

En ellos la “hermosa teoría” de la palabra de Dios se encarna y se convierte en vida en nosotros. Por eso difícilmente se puede entender la misión de la Compañía y participar en ella, si

no se han hecho los Ejercicios. Se trata de transmitir una verdad que se hace carne y convencimiento propio por el trabajo del Espíritu en el corazón y la escucha atenta de toda nuestra persona.

En los Ejercicios se experimenta en primer lugar el perdón de Dios y la conversión al amor de Dios. A esta conversión del corazón se sucede una segunda experiencia: se escucha la llamada de Jesucristo a seguirlo para trabajar por su Reinado en el mundo y así llevarlo todo al Padre, siguiéndole a Él de cerca y procediendo como Él procedió. Se renuncia a poner en el dinero y en la búsqueda de uno mismo la finalidad de la vida, y a ponerla en el seguimiento de Cristo hoy: “Señor, ¿qué quieres que haga”. Y Él nos dice a cada uno: “Ven y sígueme”. La misma llamada que experimentaron los apóstoles y que dio lugar al nacimiento de la Iglesia y de la fe cristiana en el mundo.

Después de experimentar el perdón y la llamada personal que Cristo hace, se vive otra experiencia: mirar el mundo con los ojos y el corazón de Dios y hacer nuestra la decisión de Dios: “Hagamos redención del género humano” (EE.107).

Sin esta experiencia que marca toda la vida, – a pesar de las limitaciones e inconsecuencias, incluso de nuestros pecados-, no se entiende nada de la misión de la Compañía de Jesús. Su nombre mismo lo indica: es un grupo de personas que quiere estar hoy en compañía de Jesús, viendo el mundo con sus ojos, viviendo según su ejemplo, continuando su obra de intentar hacer de este mundo un espacio del Reino de Dios donde se haga la voluntad de Dios como se hace en el cielo. Quien no siente y vive esto podrá ver los edificios y la actividad de las obras de la Compañía, así como ve las actividades de las instituciones políticas o comerciales, pero no ha entendido su más importante secreto, la única mística e intención profunda de su actividad.

d.- Una de las actualizaciones más recientes y bellas de la **misión de la Compañía es el discurso que dedicó Benedicto XVI** a miembros de la CG35: “Deseo animarles para que prosigan en el camino de su misión...La Iglesia les necesita, cuenta con ustedes, en ustedes sigue confiando, particularmente para alcanzar aquellos lugares físicos y espirituales a los que otros no llegan o encuentran difícil hacerlo”. Y recordaba de nuevo una frase de Pablo VI: “donde quiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, ha habido y hay confrontación entre las exigencias urgentes del ser humano y el permanente mensaje del Evangelio, allí han estado o están los jesuitas”

La misión en la frontera de la fe: “No son los mares o las grandes distancias los obstáculos que desafían hoy a los que anuncian el Evangelio, sino las fronteras, que, debido a una visión errónea o superficial de Dios y del hombre, acaban alzándose entre la fe y el saber humano, la fe y la ciencia moderna, la fe y el compromiso por la justicia. La Iglesia necesita religiosos y sacerdotes (necesita cristianos) que dediquen su vida precisamente a permanecer en esas fronteras”.

La misión en la frontera de la justicia: “Quien quiera ser compañero de Jesús ha de compartir con él el amor a los pobres...; y combatir las causas estructurales de la pobreza y también bajar hasta el propio corazón del ser humano para luchar en él contra las raíces profundas del mal”.

La misión en la frontera de la cultura: como nos lo muestra la historia de la Iglesia en China, India, América Latina...

La frontera de transmitir hoy la experiencia del Dios vivo: “Los ejercicios espirituales son un don que el Espíritu del Señor ha dado a toda la Iglesia”.

e.- La CG35 ha concretado todavía más la misión actual de la Compañía de Jesús en su decreto tercero. Podemos señalar tres aportes característicos:

1.- **Se confirma la misma misión** de las anteriores CG, pero añadiendo que: La misión de Fe-Justicia-Inculturación-Diálogo no es una mezcla de metas en la que todo es lo mismo, sino que hay que dar a cada una de estas palabras la importancia que tienen en el conjunto de la misión. La fe en Jesucristo tiene un factor que la caracteriza en cualquier tipo de apostolado que se realice: una fe que exige la justicia y la fraternidad entre los seres humanos. Finalmente, esa fe que lleva a la justicia, tiene hoy dos dimensiones inseparables: la encarnación en las culturas y el diálogo con las personas de otra fe distinta a la nuestra.

2.- **Reconciliación:** es la palabra teológica que elige la CG35 para expresar hoy nuestra misión: reconciliación con Dios (fe y cultura), reconciliación con el prójimo (justicia y diálogo), reconciliación con la naturaleza (compromiso ecológico). Por eso la tradición de la misión de la Compañía de **tender puentes** superando orillas distantes es algo crucial para el mundo de hoy tan fracturado (Decreto 3,17). No olvidemos que la palabra “pontifex” (pontífice), significa “el que tiende puentes” entre dos orillas, en este caso entre Dios y el ser humano, y entre los seres humanos entre sí.

3.- **Frontera** es un término no solo geográfico sino cultural. Expresa muy bien la misión que la Iglesia y los Papas asignan a la Compañía hoy. Somos frontera de la Iglesia en el mundo y en la sociedad. El estar en las fronteras no nos puede hacer perder nuestra identidad, sino que nos tiene que hacer más conscientes de ella. Si es así, Benedicto XVI dice que la misión de la Compañía es algo “insustituible” para la Iglesia universal.

4.- Estos tres conceptos: “reconciliación”, “frontera” y “puente” pueden quizá sintetizar las novedades de la misión de la Compañía que nos ha aportado la CG35.

II.- SENTIDO DE LA COLABORACIÓN:

2.1.- **Atención a los signos de los tiempos:** La misión de Cristo, vivida al modo apostólico de la Compañía de Jesús en la Iglesia, nos desborda. Esta es una experiencia que sentimos todos los días, y la experiencia que el mismo Jesús vivió a lo largo de su vida: “la cosecha es abundante pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los campos que envíe trabajadores para su cosecha” Mt 9, 37-38.

Por otra parte el Vaticano II nos ha descrito la misión del laicado como fermento evangélico en el mundo (LG 31), y corresponsable de la misión de la Iglesia: “el apostolado de los laicos es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, a cuyo apostolado todos están llamados por el mismo Señor en razón del bautismo y de la confirmación” (LG33). Aunque los sacerdotes y los religiosos tienen su misión propia en la comunidad cristiana y en las obras de la Iglesia, no pueden acapararla toda.

Por si fuera poco, la gama de vocaciones en la iglesia se ha ampliado. Ya no son solo los religiosos y los sacerdotes sino que todo buen cristiano tiene que buscar la santidad, es decir, intentar “hacer la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo”, y trabajar por la extensión del reinado de Dios en la medida de sus posibilidades. La santidad y el apostolado ya se pueden vivir como sacerdote, como religioso y como laico. Se han multiplicado las formas de vida consagrada, de movimientos laicales y de comunidades cristianas.

Además constatamos hoy la escasez de vocaciones religiosas y sacerdotales. En sus misteriosos planes, ¿no estará indicando el Señor a los responsables de la Iglesia, que estamos obligados a unificar nuestras fuerzas y a ser corresponsables con los laicos de la misión evangelizadora de la Iglesia, que a todos nos desborda y que le está permitiendo al laicado llegar a la plenitud de su vocación eclesial?

2.2.- La **Congregación General 34**. La Compañía de Jesús se une a esta hora eclesial caracterizada por el protagonismo del laicado – “la Iglesia del siguiente milenio será la Iglesia del laicado” (CG34.13,1)-, y lo invita a participar no solo en su trabajo apostólico sino también en su espiritualidad, es decir, en su forma particular de vivir y proclamar el mensaje cristiano. En primer lugar con el testimonio de vida, que acredita lo que se dice. Así lo pedía ya San Ignacio en las Constituciones (nº 637). El carisma de la Compañía de Jesús es un carisma abierto al mundo, comprometido con el reinado de Dios, en búsqueda continua del mayor servicio de Dios, fiel a la Iglesia, y cuyo ideal es encontrar a Dios en todas las cosas. Con estas características la espiritualidad ignaciana es muy apta para dinamizar la misión del laico.

La CG34 llega a decir que “la Compañía de Jesús se pone al servicio de la misión laical ofreciendo lo que somos y hemos recibido: nuestra herencia espiritual y apostólica, nuestros recursos educativos y nuestra amistad” (CG34,13.7). Incluso afirma que “necesitamos desplazar cada vez más el centro de nuestra atención del ejercicio de nuestro propio apostolado directo a la potenciación del laico en su misión” (CG34,13,19).

2.3.- La **Congregación General 35**. Además de confirmar lo dicho por la CG34 en su decreto 13, se centra en algunos objetivos más concretos, que responden también a la llamada personal de Dios por la que algunos laicos quieren participar no solo del “trabajo” en una obra de los jesuitas, sino también de la misión apostólica de la Compañía de Jesús, y en la que encuentran cauce adecuado a su propia vocación laical. Por eso hace pocos años una laica podía expresar que tenía como dos familias: la familia natural compuesta con su marido y sus hijos, y la familia “espiritual” que era la Compañía de Jesús con cuya espiritualidad vivía su fe cristiana.

Compartir el trabajo en una obra de la Compañía significa cumplir con seriedad todos los requisitos que ese trabajo implica, y recibir el salario ganado con ese trabajo honesto.

Pero compartir la misión de una obra de la Compañía supone mucho más: no solo compartir el trabajo y ganarse el merecido sustento, sino también tener una visión de fe sobre ese trabajo que se está haciendo. Por eso se habla no solo de trabajo sino de “apostolado”. En ese trabajo uno se siente no solo cumpliendo la voluntad de Dios sino también prosiguiendo la obra de Cristo de implantar el Reinado de Dios. Lo cual exige formación espiritual, y no pocas veces dar más de lo que uno está obligado por el contrato de trabajo. En no pocas de las obras apostólicas de la Compañía, las parroquias por ejemplo, muchos colaboradores trabajan voluntariamente. Pero incluso cuando uno trabaja y gana su salario, si lo hace por Cristo, se vuelve más desinteresado, y no solo da más tiempo y energía, sino que se da a uno mismo. Todo esto naturalmente sin daño y menosprecio de sus obligaciones familiares y de su trabajo.

Es importantes señalar de la CG35 que el término de laico ha quedado muy estrecho para calificar a los colaboradores de la misión de la Compañía, pues se extiende también a sacerdotes, religiosos y religiosas, a miembros de otras religiones, e incluso a personas de buena voluntad que no tienen afiliación religiosa ninguna pero que sienten la llamada de servir a los hermanos y se identifican con la forma de proceder de la Compañía de Jesús. A esta ampliación de la colaboración son muy sensibles sobre todo las obras de la Compañía de Jesús que están en países de minorías cristianas (India, Japón, Indonesia...).

2.4.- **Objetivos de la colaboración en la Misión en La CG35.**

a.- Asegurar la Identidad

La identidad ya no va a depender solamente de que un jesuita esté al frente de una obra de la Compañía, como garante de su mística y de su autenticidad. Por ello los superiores de la Compañía harán públicas las características de una obra que quiere ser fiel a la misión de la

Compañía. Documento que será acompañado por otro de evaluación, con el que se podrá medir esa fidelidad a nuestro común ideal (CG 35,6,14).

b.- Mejorar la Formación

Jesuitas y laicos debemos formarnos para la mutua colaboración: el ideal de la misión de la Compañía de Jesús es el de tener personas competentes que no solo sean personas “para los demás” sino también capaces de trabajar “con los demás”. Los jesuitas, a lo largo de su formación, tienen que tener un seguimiento de este punto clave de su formación, así como los laicos tienen que tener una formación sistemática –de acuerdo a su compromiso y capacidad- de las fuentes de la espiritualidad y de la manera de proceder y trabajar de la Compañía de Jesús. En el futuro tienen que crecer los espacios comunes –laicos/jesuitas- de formación, así como el cuidado en la capacitación de los dirigentes de las mismas obras (laicos y jesuitas) (CG 35,6,21).

c.- Impulsar los Vínculos de unión

La CG35 anima a participar en los movimientos de espiritualidad ignaciana (CVX, voluntariados, Apostolado de la Oración...) y sobre todo a desarrollar más y mejores redes entre las obras de la Compañía, y a explorar las posibilidades de la “familia ignaciana” (obras que comparten la espiritualidad ignaciana, aunque no sean de la Compañía,) para eventos y acciones de alcance y bien más universal (CG 35,6,29).

2.5.- La colaboración en la misión de la Compañía es una vocación personal

5.1.- La llamada Dios no la hace a todos: No todas las personas que trabajan en una institución de la Compañía sienten la llamada a participar de su misión como verdaderos apóstoles que están continuando la obra de Cristo. Por ello es natural que quizá una buena parte de los que trabajan en las obras de la Compañía o viven en las parroquias confiadas a los jesuitas, no se sientan llamados más que a lo que exige su contrato de trabajo o el cumplimiento de sus obligaciones cristianas estrictas, sin invertir más de sus personas en ellas.

5.2.- La llamada supone una respuesta libre. Sentir la llamada de Dios para una vocación particular en la que se pueda decir que “Dios me está pidiendo participar activamente de la misión de la Compañía de Jesús”, supone una actitud de búsqueda de la voluntad de Dios en la propia vida cristiana. Precisamente un magnífico instrumento para buscar esa voluntad de Dios son los Ejercicios Espirituales, muy recomendados no solo para entender la mística de la Compañía de Jesús, sino también para buscar y encontrar la voluntad de Dios en la propia vida.

Pero la llamada de Dios, como es una llamada de amor, supone que quien responde no se siente obligado a aceptarla. Dios, cuando llama, siempre respeta la libertad de las personas. Aceptar la vocación de participar en la misión de la Compañía de Jesús es una respuesta libre y soberana de cada uno de nosotros.

5.3.- La llamada no exige a todos lo mismo. Además esa llamada no pide a todos lo mismo y respeta el camino particular de cada uno. Por ejemplo, hay personas que están muy atadas a determinadas obligaciones y no pueden dejarlas por más que quieran; o tienen otros trabajos para poder llevar adelante a su familia; o para ellos no resuena para nada la llamada a colaborar con Jesucristo en una obra de la Compañía o de la Iglesia. Incluso en quienes oyen esa llamada y la siguen, no todos están llamados al mismo grado de compromiso. Para unos supone la entrega de toda la vida y se consagran a ella como sacerdotes y religiosas. Para otros supone un pequeño tiempo a la semana. Otros sienten que pueden y deben comprometerse más. Aquí habría que aplicar la parábola de Jesucristo de los talentos: no a todos da Dios los mismos talentos, ni a todos les exige lo mismo.

Por ejemplo, no a todos los fieles de una parroquia se les puede pedir que participen como Delegados de la Palabra o Catequistas. Solo aquellos que se sienten motivados libremente a asumir esa tarea apostólica. Lo mismo puede pasar en una obra educativa: no todos los profesores se ofrecen o pueden ofrecerse, por ejemplo, para coordinar un grupo de pastoral juvenil. Aquí entramos en el mundo de la vocación particular de cada uno y de la motivación de su fe.

5.4.- La llamada tiene unos mínimos para quienes quieren comprometerse con la Misión de Cristo en una obra de la Compañía:

+Motivación clara:

La motivación es clave. ¿Qué buscamos cuando queremos participar en la misión de la Compañía de Jesús? ¿Qué es a lo que Dios nos llama cuando nos empuja en esta dirección? “Este es mi Hijo Amado, escúchenlo”, nos dice Dios a nosotros hoy, como se lo dijo a los apóstoles en el Tabor. O cuando le preguntamos “Señor, ¿qué quieres que haga?” y sentimos que el nos responde: “Ven y sígueme”.

Al sentir la llamada de Dios no nos apuntamos a un club deportivo, ni a una sociedad de beneficio económico mutuo, ni a un trabajo cualquiera porque estamos desempleados, sino a una organización que existe para testimoniar y transmitir la fe en Jesucristo y luchar por el establecimiento de su reinado. El llamado verdadero de Cristo no es para “aprovecharse” uno, sino para salir de sí mismo y de sus propios intereses y dar parte de uno mismo a la misión de Cristo, o al bien de nuestros hermanos si no se nos ha concedido el don de la fe. Quien se siente amado y llamado por Dios es capaz de renunciar a muchas cosas para seguirle. El que no capta esto no ha entendido nada y sigue envuelto en la dinámica de este mundo de buscar más dinero, más poder, más prestigio y más buena vida (que no es lo mismo que “vida buena”). No ha entendido que en el campo de la Misión de Cristo no se trata de servirse a uno mismo, sino de servir a los hermanos con la entrega de uno mismo a la causa de Dios en el mundo.

+Mínimos de formación:

Por ello es muy razonable que quien quiera participar de la Misión de Cristo pueda hacer los Ejercicios Espirituales en sus diversas formas y a lo largo del tiempo, pero teniendo como meta el hacer los ejercicios completos de 30 días. Además está la formación permanente asistiendo a los cursos de formación cristiana que se ofrezcan en la obra apostólica o en la red ignaciana de la localidad. Es una lástima que no se ofrezcan en todas partes –en algunas sí - el retiro mensual.

+Testimonio de vida

La llamada de Cristo exige el ejemplo de integridad (a pesar de nuestras limitaciones y pecados) de vida cristiana, en el serio cumplimiento del trabajo, en la fidelidad inquebrantable a la familia, en signos concretos de desapego de los bienes propios que cada uno tiene que considerar (los evangélicos no tienen empacho en exigir el diezmo a sus fieles), en una vida sacramental fervorosa según las exigencias de la Iglesia, particularmente en la vida de eucaristía y oración.

Hay una exigencia típica que la Iglesia ha permitido a la Compañía de Jesús: la cuenta de conciencia al superior. Naturalmente que esto no se puede pedir a quienes colaboran con la misión de la Compañía. Pero en el fondo de la exigencia de la cuenta de conciencia está la confianza profunda, el cuidado y el respeto que se tiene que tener con las personas, la responsabilidad con el cuerpo apostólico consagrado a la Misión. Por ello se tendrían que crear mecanismos de comunicación que permitan crecer en confianza y en mutuo cuidado. ¿No habría que pensar en medios que la tradición ignaciana y los mismos Ejercicios consideran claves, como lo es por ejemplo una dirección espiritual seriamente llevada?

6.- Síntesis final: sobre el Sentido de la Misión y Colaboración en la Compañía de Jesús:

Quienes participan en esta misión es un grupo de personas que, aunque pecadores, han escuchado y obedecido la llamada a ser compañeros de Jesús, para proseguir hoy su misión en el mundo.

Esa misión es la misma que la Iglesia ha formulado en el Vaticano II diciendo que todos en la Iglesia recibimos “la misión de anunciar el Reinado de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de todas las gentes, y que constituyen en la tierra el germen y el principio de este reinado” (**Lumen Gentium 5**).

Una misión, la de la Compañía, que los últimos Papas, Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI la describen así: “donde quiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, ha habido y hay confrontación entre las exigencias urgentes del ser humano y el permanente mensaje del Evangelio, allí han estado o están los jesuitas”.

Pero no se trata de una misión teórica, no. Se trata de una misión que se ha convertido en experiencia de vida y llamada de Dios sentida, a través de los Ejercicios Espirituales. Una misión que, incluso en la rutina de todos los días, quiere seguir el ejemplo de Cristo “que no vino para ser servido sino para servir y dar su vida” (Mc 10.45) “por los demás y con los demás”, luchando por poner signos de su reinado en esta Centroamérica de Dios donde Él nos ha querido poner para su mayor gloria.

Preguntas para la reflexión personal:

- 1.- ¿Cuál es la cita del Evangelio que más me ilumina y más fuerza me da sobre la misión del cristiano en el mundo?
- 2.- ¿Qué quiere decir que la Iglesia existe para evangelizar? ¿Se trata solo de predicar? ¿He evangelizado yo a alguien o algo? ¿He transmitido Cristo a alguien?
- 3.- ¿Mi trabajo es sólo y mero trabajo o puedo considerarlo también trabajo apostólico y misión? ¿Por qué? ¿Cuáles son los signos del apostolado?
- 3.- ¿Qué relación tiene el tema de la misión con el lema fundamental de la Iglesia Latinoamericana en Aparecida? ¿Por qué crees que han crecido tanto las iglesias evangélicas estos años en América Latina y por qué tantos católicos se han cambiado de iglesia?
- 4.- ¿Qué quiere decir que la misión de la Compañía de Jesús es una misión “apostólica”? ¿Quién da y quién envía a esa misión apostólica?
- 5.- Si he hecho Ejercicios Espirituales, ¿cuál ha sido la vivencia más grande que he tenido? ¿Cómo sigo manteniendo las metas prometidas en los Ejercicios?. Si no he hecho los Ejercicios, ¿por qué ha sido?

Preguntas para los grupos:

- 1.- Intercambiar nuestra experiencia de los Ejercicios y del trabajo apostólico en la obra en la que cada uno trabaja.

2.- Compartir con el grupo las razones que tengo para participar de la Misión de Cristo en una obra de la Compañía.

3.- ¿Sé compaginar mi “misión” apostólica con los compromisos de trabajo y de familia, o encuentro dificultades? ¿Cuáles son las más importantes?

4.- ¿Cómo evaluamos la formación que hemos recibido? Suficiente, escasa, aburrida, práctica, exige demasiado tiempo...

5.- Pon ejemplos de participación interesada en la misión de Cristo, y de verdadera participación apostólica en la misión de Cristo.

Bibliografía mínima de textos fuente:

Documentos del Vaticano II: Lumen Gentium
Exhortación Apostólica Pablo VI: Evangelii Nuntiandi.
Congregación General 35 de la Compañía de Jesús.

PROGRAMA DE FORMACIÓN DE JESUITAS Y LAICOS.

Comisión de Espiritualidad. Provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús.
Tema 2. Mes Marzo del 2010.